





PUBLICACIONES
DE LA
COMISARÍA REGIA DEL TURISMO
Y CULTURA ARTÍSTICA

Volúmenes publicados.

SECCIÓN DE MUSEOS

1. Catálogo del Museo del Greco (con dos planos y 35 fotograbados).
2. Ampliación al Catálogo del Museo del Greco.
3. Tres Salas del Museo Romántico (con 65 fotograbados).
4. Nueva Sala del Museo del Greco (con 20 fotograbados).
5. Catálogo de la Biblioteca popular de la Casa de Cervantes.
6. La Casa de Cervantes (con un plano y 22 fototipias).

BIBLIOTECA DE «EL ARTE EN ESPAÑA»

19. Diez y nueve volúmenes publicados en español, inglés y francés, con profusión de fotograbados. (*Hijos de J. Thomas*). — Catedral de Bur-

gos.—Guadalajara—Alcalá.—La Casa del Greco.—Palacio Real de Madrid.—Alhambra, I.—Velázquez.—Sevilla.—Escorial, I.—Guadalupe.—El Greco.—Aranjuez.—Poblet.—Ciudad Rodrigo.—Goya.—Catedral de León.—Palencia.—Alhambra, II.—Valladolid.—Museo de Pinturas de Sevilla.

PROPAGANDA Y DEFENSA DE LA ESPAÑA MONUMENTAL

1. La Comisaría Regia en la Alhambra de Granada (con 18 fotograbados).
2. El Barrio de Santa Cruz de Sevilla (con un plano y 20 fotograbados), texto español, inglés y francés.
3. El Generalife (con 4 fotograbados).
4. Noticia del VII Congreso Nacional de Arquitectos, celebrado en Sevilla.
5. Noticia del VIII Congreso Nacional de Arquitectos, celebrado en Zaragoza.
- 6 Doce volúmenes publicados en inglés con fotograbados intercalados en el texto.—Avila y
17. Segovia.—Barcelona y su provincia.—Cáceres y Badajoz.—Canarias.—Córdoba y Jaén.—Granada, Málaga y Almería.—León y su provincia.—Madrid y su provincia.—Salamanca y Zamora.—Tarragona y Lérida.—Toledo y su provincia.—Valencia y Murcia.
18. Un volumen en español, Jerez-Cartuja.

SECCIÓN DE MONTAÑA

1. Yuste y la Sierra de Gredos (con 5 itinerarios y 27 fotograbados).
2. La Pedriza del Real de Manzanares (con un itinerario).
3. Sierra Nevada (con una acuarela, vista panorámica, y 14 fotograbados.)
4. Memoria presentada al Congreso de Alpinismo de Pau.
- 5 *Folletos de divulgación* con fotograbados intercalados en el texto.—Gredos.—Sierra Ne-
- al
7. vada.—Picos de Europa.

BIBLIOTECA DE CULTURA PATRIA

1. Reimpresión de El Celoso Extremeño.
2. Idem de El Juez de los Divorcios y El Vizcaíno Fingido.
3. Cervantes en Valladolid.
4. América Española o Hispano América, del señor Cebrián, de California.
5. Para un Museo Romántico (conferencia, con diez fotograbados).

PUBLICACIONES DE OBRA SOCIAL

1. La Comisaría Regia y el Real Patronato de casas baratas de Sevilla (con 6 planos y doce fotograbados).

PROPAGANDA DE VIAJES POR ESPAÑA

1. Conferencia dedicada a la Semana Española de París.
2. Ponencia para los Congresos de San Sebastián y Sevilla.
3. Notas sobre Turismo Hispano-Americano.
4. Contestación a la Federación Hotelera.
5. España. Itinerarios de Arte. De Madrid a Sevilla por Extremadura (con un itinerario y doce fotograbados).
- 6 al 12. *Itinerarios populares*: Excursión a Toledo.— Excursión a Guadalajara-Alcalá.— Excursión a Gredos.— Excursión a Avila.— Excursión a Segovia.— Excursión a El Escorial.— Itinerarios de las carreteras de Sevilla.

HIDROLOGÍA MÉDICA Y ESTACIONES DE ALTURA

1. Desarrollo y propaganda de Balnearios, Estaciones de Altura y Sanatorios.

PUBLICACIONES DE CARÁCTER OFICIAL

1. Noticia de algunas instancias elevadas por la Comisaría Regia del Turismo al Gobierno de S. M.

2. Obra encomendada a la Comisaría Regia del Turismo y recursos para realizarla.
 3. Índice de la obra realizada por la Comisaría Regia del Turismo y de su situación económica.
 4. España, Residencia y Tránsito Internacional.
-

Copiosas colecciones de postales, ampliaciones y fotografías de varios tamaños, de poblaciones, monumentos y museos de España.

EN PRENSA

España. (Notas para un viaje). (Copiosas ediciones de divulgación y propaganda, en español, francés e inglés).

«Ribera», «Huesca» y «Burgos», de la *Biblioteca «El Arte en España»*.

EN PREPARACIÓN

Diez volúmenes del Arte Monumental Hispano, en los que colaboran los señores Cossio, Gómez Moreno, Loredó, Mérida, Pérez Ayala, Sánchez Cantón, Tormo, Torres Balbás.

La Industria del Tejido en España, siglo XVIII.

Itinerarios de arte: La Mala de Francia.—De Madrid a La Coruña.—La Canal de Berdun. De Madrid a Gredos por San Martín de Valdeiglesias y por Avila.

Bocetos de Semana Santa y Guía de Sevilla.

Las Revistas de arte regionales «La Alhambra», «Toledo», «Don Lope de Sosa», «Turismo» y «Archivo de Arte Español», han sido o son subvencionadas por la Comisaría Regia del Turismo, que adquiere ejemplares para repartirlos en España y América.

José María
Morán

1923.

Regalo del marqués
de Vega-Inclán.

SIERRA NEVADA

POR

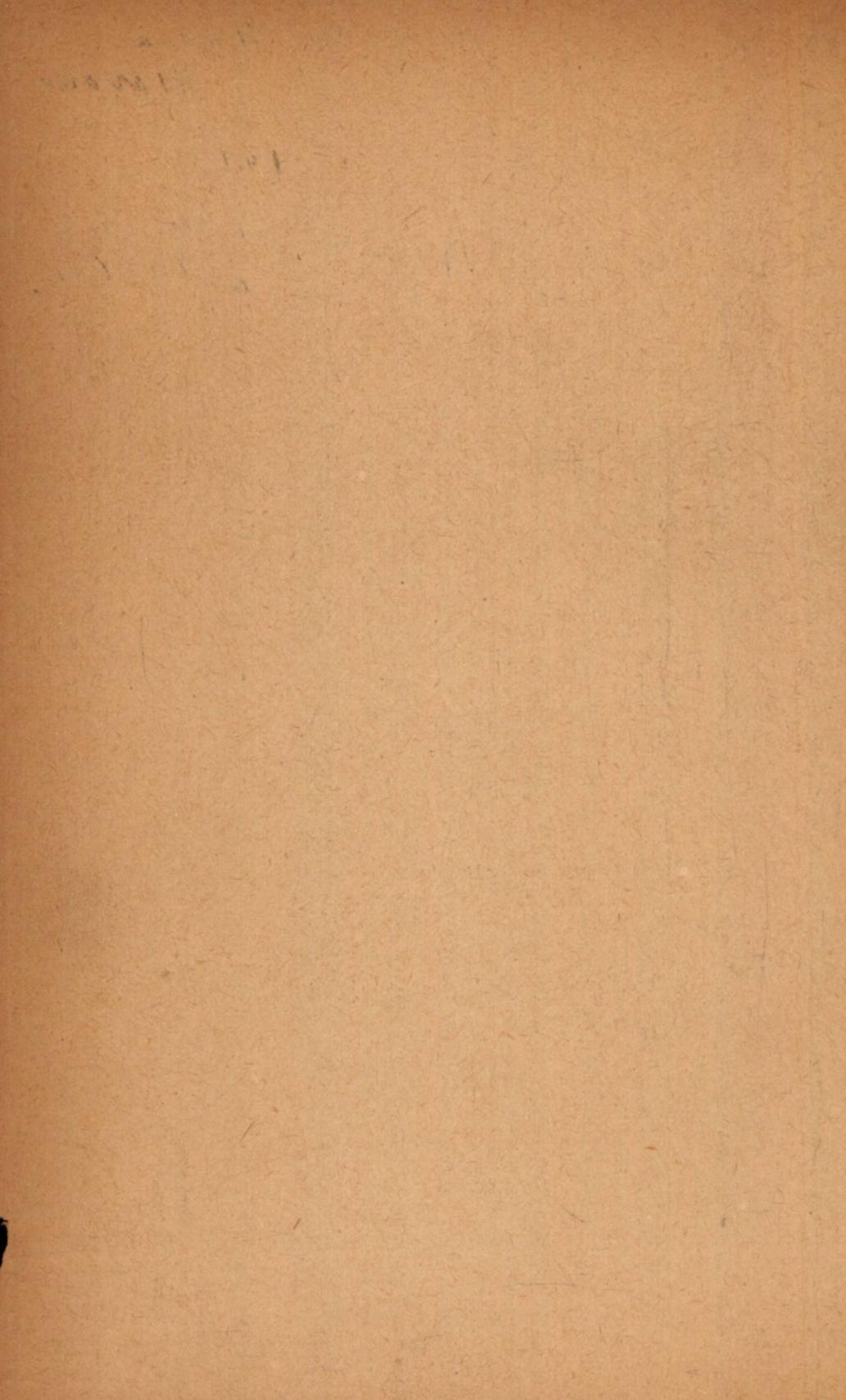
C. BERNALDO DE QUIRÓS

*Fotografías «Sol» y de Santos Fernández
Santos.*

Acuarela panorámica de Juan Carandell

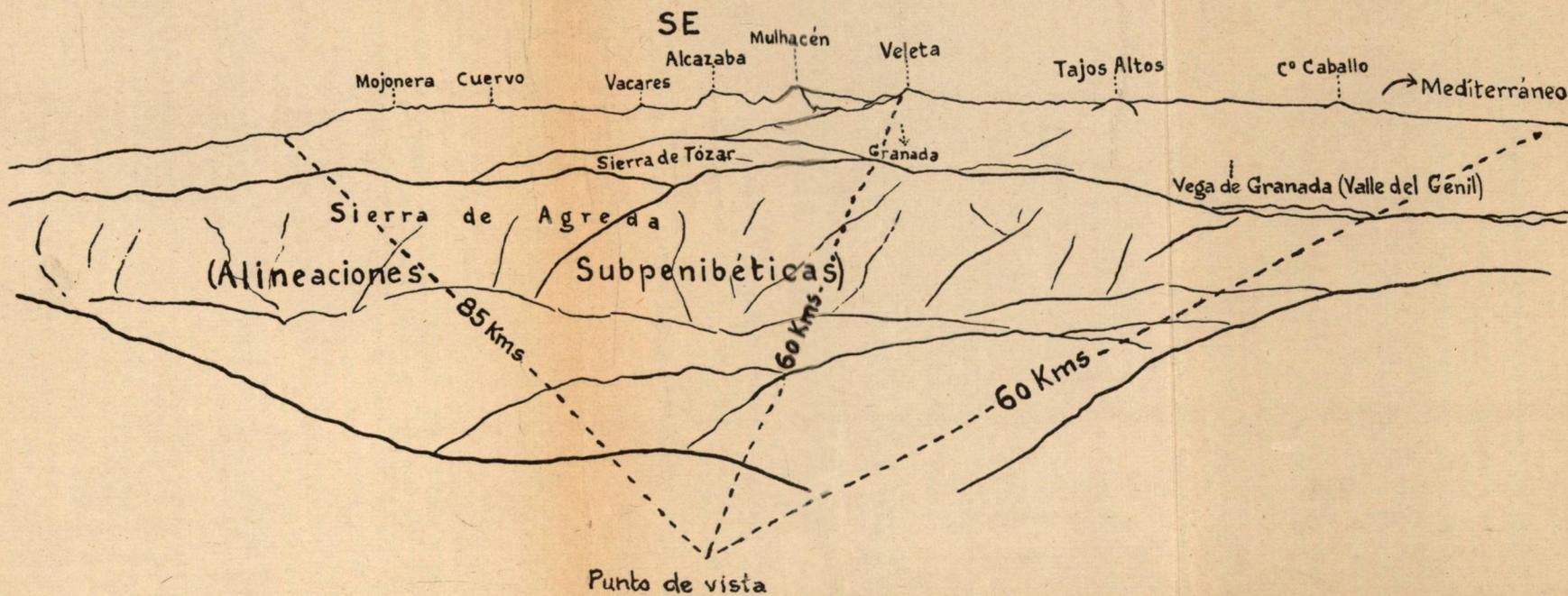
FOTOGRAFADO DE HIJOS DE J. THOMAS,
BARCELONA.

TIPOGRAFÍA DE VICENTE RICO, MADRID.





J. Carandell
MARZO-919



PANORÁMICA DE SIERRA NEVADA, DESDE LA SIERRA DE CABRA

(Acuarela de J. Carandell)

A MIS HIJAS:
ISABEL, JULIA, CLARA

C. B. DE Q.

COMISARÍA REGIA DEL TURISMO
Y CULTURA ARTÍSTICA

SIERRA NEVADA

FOR 

C. BERNALDO DE QUIRÓS



1303.

MADRID
1923

SIERRA NEVADA

I

AL anochecer, en la estación de Albolote, durante una larga parada del tren, recibo la primera sensación de la deseada Sierra Nevada.

El sol ya se había puesto; y sobre el fondo de oro ardiente del ocaso, se destacaba en azul pizarra, por momentos más oscuro, Sierra Elvira, con el doble triángulo gemelo de sus cumbres mayores. Está el país a la misma altura que Madrid, de suerte que mi vista, acostumbrada a la elevación del Guadarrama, buscaba hacia los dos mil metros en el espacio vertical el efecto luminoso de la nieve; cuando he aquí que le descubrí mil metros por encima, casi a punto de desaparecer, débilmente arrebolado por los últimos resplandores de la puesta del sol. Aquellas largas nieves rosadas, pálida gloria clareando a tamaña elevación sobre la masa de la Sierra, ya perdida en la sombra,

semejaban más bien estratos de nubes suspendidas en la atmósfera libre, en el instante de la llegada de la noche.

Muchas veces, después, desde Granada, he contemplado con intensa atención la gentil Sierra; pero nunca me ha producido una impresión de estupor y admiración como esta vez primera de aquel paisaje irreal, ahogándose en las tinieblas en el instante preciso en que comenzaba a comprenderle.

II

Sierra Nevada es uno de los eslabones, el más poderoso de todos, del sistema penibético, y aun de toda la cadena hispano-mogrebí que, hundida en el Estrecho de Gibraltar, vuelve a trazar en el litoral africano su curva de regreso al Oriente, poniendo frente a ella, sobre las costas del Rif, las vértebras del pequeño Atlas. Su cumbre se eleva en el Mulhacén a 3.481 metros sobre el mar; la mayor, probablemente, de las altitudes de los montes que ven las aguas del Mediterráneo. El Etna, el gran volcán de Sicilia, que llega hasta los 3.279 metros, le es inferior, por consiguiente, en 202. En la costa rifeña, Yebel Tiziren, su hermano, situado casi frente por frente, en la tribu de los Gomera—los granadinos «gomeles»—se detiene a 2.500. Y en la España interior, aun el mismo Aneto, cumbre de todo el Pirineo, es superado por el Mulhacén en cerca de 80 metros.

Tan elevada alineación, que el tiempo no ha podido degradar considerablemente todavía, es obra del movimiento orogénico llamado «alpino», que, hacia la mitad de la edad terciaria de la Tierra, alumbró la generación más reciente de montañas, levantando hacia los cielos los espesos sedimentos de un remoto mar, metamorfoseados en pizarras cristalinas por la acción de los agentes mineralizadores del seno del planeta. A su alrededor, la corteza de la tierra vibra aún del tremendo parto, como la carne de una madre dolorida; pues parece que, efectos todavía de esta crisis, son los temblores de tierra que sufre la región periódicamente. Sierra Nevada, pues, es hermana de los Alpes. Pero mientras éstos, en su fría atmósfera septentrional, han sufrido sin interrupción, desde entonces, el trabajo del hielo, artífice supremo de la roca, Sierra Nevada, en el paralelo, diez grados más meridional, del 37,5 en que se halla, apenas ha tenido tiempo de ser esculpida por el glaciario que le alcanzó en la edad cuaternaria, cuando causas no bien conocidas todavía hicieron descender el límite de las nieves perpetuas; de suerte que produce, consiguientemente, la impresión de una obra a medio hacer, abandonada.

La vertiente meridional, expuesta a Africa, la abrasada, ha quedado casi sin modificar, en amplias lomas suaves, poderosísimas, que se

prolongan hacia el Mediterráneo, del que sólo la separa la sierra llamada de la Contraviesa. Y únicamente la vertiente Norte presenta acusados los caracteres alpinos, labrada por los desaparecidos glaciares de valle por cuyos cauces descienden, descolgándose, los cursos de agua de este lado: ríos Dilar y Monachil, arroyos de San Juan, Guarnon, Valdeinfierno y Valdecasillas, que forman el Genil: el gran río de Sierra Nevada, el Nilo español, el mil Nilos, aunque otros traen su etimología del nombre latino que tuvo: «Singilis», émulo del Guadalquivir, y, hasta triunfador de él, para los viejos geógrafos árabes, que, situando Sevilla sobre el Genil, consideran río principal de los dos que se unen cerca de Palma del Río, al que viene de los montes más altos de la región del Este. Pero de estos glaciares cuaternarios no subsiste ninguno hoy; comprobado ya que no es sino un bloque de hielo inerte, sin el movimiento, lentísimo, de ríos de hielo, de los verdaderos glaciares de valle, el supuesto glaciar del Corral de Veleta que venía pasando por el glaciar más meridional de Europa. En la actualidad, Sierra Nevada se encuentra fuera del límite de las nieves perpetuas, que, según Obermaier y Carandell, se elevaría hoy hasta los 3.800-3.900 metros, según las vertientes; esto es, 400 metros sobre la cima del Mulhacén, que, por lo tanto, recibe en el estío, por lo menos, la precipitación

atmosférica en forma de lluvia, y no siempre, pues, de nieve.

La estructura de Sierra Nevada es sumamente sencilla: una sola arista de 80 kilómetros de largo por 40 de ancho, aproximadamente, orientada, en general, en el sentido de los paralelos, aunque tendiendo a desplazarse al Sudoeste, y que hacia el Norte, sobre todo, lanza poderosos contrafuertes. Esta arista, que es divisoria de mares—al Norte, el Atlántico, mediante el Genil; al Sur, el Mediterráneo, por diferentes ríos costeros—, arranca en la margen derecha del río Almería, que le separa de los segmentos más orientales de la Penibética, con altitudes que en breve ganan los 2.400 metros, en el Cerro del Almirez. El Chullo llega en seguida a los 2.600, y, poco después, la cadena entera se desenvuelve sobre la línea de los 3.000 metros, hasta deshacerse, pasado el Cerro del Caballo, que aún supera esta altitud, en la terraza granadina.

He aquí las elevaciones y depresiones principales en el trayecto más elevado, marchando de Este a Oeste.

Picón de Jerez	3.206 metros.
Puerto de Jerez.	3.136 —
Peña Partida	3.198 —
Pico del Cuervo.	3.172 —
Cerro de la Mojonera.	3.205 —

Puerto de Vacares	3.050	metros
Colina de Vacares	3.189	—
La Alcazaba	3.386	—
Mulhacén.	3.481	—
Collado de Loma Pelada	3.155	—
Loma Pelada	3.279	—
Puerto del Lobo.	3.140	—
Cerro de los Machos	3.346	—
Veleta.	3.401	—
Collado Veleta	3.195	—
Tajo de la Virgen.	3.270	—
Cerro del Nevero	3.175	—
Tajos Altos.	3.162	—
Puerto de los Tajos	2.870	—
Cerro del Caballo.	3.053	—

Estos datos son todavía incompletos; pero permiten establecer provisionalmente las siguientes cifras para el macizo de Sierra Nevada en su mitad occidental, la más alta y caracterizada:

Altitud media de las cumbres	3.251
— — de los pasos.	3.091

Relacionadas ambas cifras, ponen la proporción de los pasos con las cumbres en la relación de 1 a 1,05; índice de una cadena el más cerrado que conocemos, más que los Pirineos, más que el Guadarrama central y que la cadena del Asia

interior llamada del Kuen Luen, tenida por la de mayor altitud media y más impracticable de todas, según se ve en las cifras siguientes:

Alpes	1 a 2,05
Himalaya	1 a 1,86
Pirineos	1 a 1,43
Kuen Luen.	1 a 1,13
Guadarrama central	1 a 1,08
Sierra Nevada	1 a 1,05

Los pasos, pues, en ningún otro sistema tienden a aproximarse tanto a las cumbres como en éste.

Sierra Nevada, en efecto, es, en todo este gran trozo occidental, un solo y enorme monolito, una única anticlinal en que la erosión ha tallado, como leves mellas en el filo de una lámina de acero, el almenado de las cumbres que la rompen (1).

(1) La lindísima acuarela del geólogo Carandell, que acompaña a estas páginas, ilustra admirablemente este carácter, mostrando la poderosa bóveda de la anticlinal en todo su desarrollo, tal como se presenta desde los altos de la Sierra de Cabra, a distancia que reduce a su verdadera relación la proporción de las cumbres en el conjunto.

III

El horizonte de Granada está dominado por el macizo del Picacho de la Veleta más aun que el de Madrid por el de La Maliciosa y a menor distancia que ésta: sólo 31 kilómetros. Desde los lugares elevados de la ciudad, en las dos colinas gemelas que encajan el curso del Darro, Mulhacén asoma su frente a Levante y en segundo término, tras la majestuosa amplitud de la Veleta, que levanta su fina cumbre radiante, en magnífica impulsión al alto cielo.

¿Quién, desde Granada, no se siente atraído hacia allí, lo mismo que a la Alhambra y al Generalife?

Así, de todos los grandes sistemas montañosos de la áspera España, ninguno ha sido reconocido antes que éste, no sólo desde el punto de vista científico, sino hasta como puro motivo pintoresco. Mientras el descubrimiento, o, por decir mejor, la revelación de los Pirineos se ini-

cia, después del francés Ramond, a principios del pasado siglo XIX, y el de los Picos de Europa se retrasa hasta entrada la segunda mitad del mismo, con el benemérito D. Casiano de Prado, Sierra Nevada tiene sus primeras descripciones y observaciones no pocos años antes, en aquellos primeros geógrafos y naturalistas que animan las postrimerías del siglo XVIII: primero, el irlandés Guillermo Bowles, traído a España por Carlos III para el estudio de sus curiosidades naturales, y que publicó aquí, entre 1775 y 1782, su *Introducción a la Historia natural y a la Geografía física* de nuestra tierra; después, del botánico D. Simón de Rojas Clemente (1777-1827), que vistiendo a la usanza moruna, como resabio de su proyectado reconocimiento de Marruecos con el famoso Ali-Bey el Abasí (D. Domingo Badía), que, al cabo, sólo realizó éste, herborizó en la gran Sierra, donde fué conocido bajo el nombre del «sabio moro»; últimamente, el geógrafo D. Isidoro Antillón (1777-1820), si bien éste, limitándose a reproducir y vulgarizar las observaciones ajenas. También figura entre los primeros reconocedores de Sierra Nevada, o, por lo menos, de Veleta, el oficial de los ejércitos napoleónicos Bory de Saint Vincent, que tanto influyó en la geografía española, incluso dando nombres que todavía se usan en la enseñanza más generalizada para los grandes accidentes naturales (la «Carpeto Vetónica», verbi gracia).

Del mismo modo, se adelantan en Sierra Nevada las escaladas por puro placer estético, por curiosidad de los grandes espectáculos de la Naturaleza, según se decía por entonces entre los cultos.

En el *Anuario* del Club Alpino Español, correspondiente a 1920, D. Manuel M. de Victoria ha tenido la buena idea de publicar, reproduciéndole de un antiguo periódico local granadino, el relato de una expedición a Sierra Nevada, la más antigua de cuantas conocemos, realizada por el famoso viajero de arte D. Antonio Ponz, en 1796, que recuerda más de una vez el *Viaje a la Sierra y Laguna de Gredos, por su polo austral*, de D. Gregorio Aznar, en 1839, con todos los prejuicios y pretensiones de la época, que dan a ambas relaciones su semejanza. También Ponz, a propósito del Corral de Veleta, nos dice que se cree que hay en su fondo nieve «de la primera que cayó después del Diluvio, reducida a piedra»; y con respecto a la laguna de Vacares, intercala el episodio de la captura de un extraño pez que vuela y vuelve a sumergirse en la laguna, como el meteoro de D. Gregorio Aznar o el dragón del lago del Canigó, referido por Fra Salimbene.

Al promediar el siglo XIX, comienzan a hacerse más frecuentes las ascensiones a la Sierra, sobre todo por parte de los extranjeros llegados, por diversos motivos, a Granada.

De 1840 es la ascensión de Teófilo Gautier, de la cual es recuerdo en su deliciosa obra poética, además de las páginas del *Voyage en Espagne*, la composición *Dans la Sierra*, que comienza con su declaración de loco amor a los montes adustos y sublimes.

Nueve años después, se señala la del pintor sueco Egreen Lundgren (acompañado del ruso Ruloff y de los alemanes Garhardt y Fiedrich), que viendo ponerse y volver a salir el sol desde la elevada cumbre, escribía: «aquello era majestuoso, era supraterráneo; parece que entonces vi yo el sol por vez primera». El relato consta en un libro del mismo Lundgren, por el que todavía se conoce hoy, principalmente, a España en los países del Norte de Europa.

Un cuarto de siglo más tarde, en 1873, el norteamericano Samuel Irenaeus Prince, en un capítulo titulado «Montañas y cielos», de su libro *The Alhambra y the Kremlin*, se complace en la relación de un viaje a la Veleta y a Mulhacén que, aunque breve—según las palabras del amigo cordial José Fernández Zabala, a quien debo la noticia—, tiene el encanto de una exaltada admiración del panorama, dándole la visión de la lejana África motivo para lamentar que España no haya buscado su expansión allende el Estrecho hasta el gran Atlas.

Pero la idea que hasta el último tercio de aquel siglo se tenía entre los granadinos de la

zona alta de la Sierra, la expresaba el novelista popular Torcuato Tárrago y Mateos, natural de Guadix, a la vista de Mulhacén, en su desatinada novela *A doce mil pies de altura*, imitación de las de Julio Verne, en que se supone una invernada en aquella cumbre, en busca del tesoro de un príncipe morisco. Nada más absurdo que esta novela; y sin embargo, nosotros, personalmente, le somos gratos a ella, por habernos familiarizado, desde la infancia, en que el azar la puso en nuestras manos, con la terminología y, sobre todo, con los misterios de la gran Sierra Nevada, que se nos representaba lejana, alta y medrosa como jamás lo ha sido: misterios de la laguna de Vacares, habitada por la dama fatal de los ojos verdes; de la «escoba del diablo», huracán del medio día que barre en algunas horas las grandes masas de nieve de sobre las divisorias y las cumbres; de las víboras volantes, terror de los muleteros de la Sierra, y demás tópicos tomados de la tradición local y del viaje de Ponz.

Contemporáneas de la novela de Tárrago son estas líneas de D. Pedro Antonio de Alarcón, su paisano, en su libro sobre la Alpujarra: «La Sierra es infranqueable todo el año, menos algunos días del mes de Julio («entre la Virgen del Carmen y Santiago», dicen los prácticos del terreno), y esto con insufrible fatiga y peligros espantosos.»

Y, en efecto, amándola y deseándola desde

niño, Alarcón no dominó nunca la Sierra, considerándola como un fondo inaccesible del paisaje de su país. Ya mediado el libro sobre la Alpujarra, encuéntrase una hermosa página llena con la descripción de la cordillera, desde un punto de vista que permite contemplarla por entero, a lo menos en su porción más elevada, desde el Pico del Cuervo al Cerro del Caballo, siempre por encima de los tres mil metros de altitud. Esta página es una brillante nota de color, una deslumbradora tricromía en verde, blanco y azul; pero en vano buscaríamos en ella los pequeños detalles documentales en que se complace el inteligente. Alarcón no distingue en aquella colosal muralla más que las dos elevaciones superiores, Mulhacén y Veleta, y acude, para la representación de ambas, a vagas ideas, lugares comunes, aunque tratados con la gracia de su espíritu, como hombre que no podría decir los rasgos característicos y diferenciales de ambas.

Todavía en el ingeniero Rute, que viajó en 1888, y que, por lo demás, es siempre tan atencible, hallamos una serie de recomendaciones, un lujo de material, que nos parece hoy tartarinesco. ¡Aquella provisión de pajas de centeno para beber el agua de los altos manantiales, evitando a los labios el contacto destructor del apasionado beso de la fuente! De algunos de aquellos consejos para preservar la piel de las

quemaduras del sol y del aire de las cumbres, donde arde la hoguera inmortal de los cuerpos radiantes, aún hoy guarda recuerdo la generación actual de granadinos cuando sube a las alturas, tiznándose la cara con corcho quemado, o protegiéndola con antifaz, o embadurnándosela con glicerina.

Finalmente, Angel Ganivet, si Pío Cid es su sombra, debió acariciar muchas veces el proyecto de la subida a la Veleta. «Dile a tu padre si se acuerda de una vez que fué a la Sierra y subió al Mulhacén acompañando al señorito Pío, como él me llamaba», dice en el cuarto trabajo en que se describe un intento fracasado. ¿Llegó a realizar aquel deseo? Nos inclinamos a creer que no. El relato de la ascensión hasta el Collado Veleta—puesto que Pío Cid llega a divisar la costa africana—está hecho en un tono que recuerda aún a Alarcón, por la exageración de las dificultades.

Bellísima es la canción que Pío Cid improvisa en las alturas ante la claridad del alba. Hay en ella las frases de pasión y misterio con que el poeta nombra siempre a la Alhambra:

Sólo una vez, a lo lejos,
vi a mi amada,
a altas horas de la noche,
por el bosque
misterioso de la Alhambra.



IV

Es el 5 de Junio de este año 1914, ya pasado el mediodía, cuando emprendo la marcha hacia la Sierra, acompañado por el ingeniero de Montes D. José Almagro, presidente de la *Agrupación Alpinista*, y por D. Dionisio Carnicero, uno de los «*Diez Amigos, limited*»; el más antiguo, tal vez, y el conocedor más inteligente. Cabalgando en sendos dóciles mulos, seguimos el viejo camino de los neveros, que desde el primer momento comienza a ganar, suavemente, altura, sin perderla un solo instante. Atrás se queda Granada, con su ilustre colina de la Alhambra, que hasta ayer, casi, se tenía como de origen glaciario, resto de la morrena frontal de los antiguos glaciares de la Sierra. A toda prisa ha habido que retirar hoy esta interpretación, relegada al museo arqueológico de la glaciología ibérica, lo mismo que, a las puertas de Madrid, la trinchera del ferrocarril entre Las Matas y Torreldones.

A cuatro horas de Granada, y ya a 1.895 metros de elevación, descansamos un momento en la cantina del Purche, siniestra construcción apoyada en la roca y habitada por gentes de aspecto no más agradable.

Poco después bordeamos el Dornajo (2.120 metros) que, con el esbelto Trevenque (2.235 metros), de misteriosos cárcavos, y otros picos menores, constituyen los prealpes granadinos. El Trevenque, invisible ahora, es la más elevada de las cumbres calcáreas de la Sierra.

Un suave collado nos traslada a las pizarras cristalinas; y al obscurecer, nos apeamos ante el albergue de la Sociedad «Sierra Nevada», construido por bajo de los Peñones de San Francisco, en el llamado Campo de Otero, a 24 kilómetros de Granada y a la altura de 2.250 metros sobre el nivel del mar. El arquitecto ha querido dar a la construcción cierto carácter morisco, rematando con cúpulas redondas, a la manera de una «*kubba*», los dos cuerpos laterales que ofrece. Pero, en realidad, nosotros no tenemos ya atención sino para la arquitectura maravillosa de las montañas.

Lo que más impresiona, acostumbrados a montañas que, por término medio, tienen un millar de metros menos, es la desmesurada grandeza de las proporciones. Por nuestra parte, no dejaremos de notar, como una nota personal, la impresión de empequeñecimiento con

que hemos vuelto a ver, ya para siempre, la pared occidental de la Maliciosa desde la Cuerda de Peña Horcón, una de las vistas de nuestro Guadarrama que más nos habían impresionado antes. Durante algunos momentos permanecemos la primera vez perplejos, desconcertados, hasta descubrir en la interposición de la imagen de Sierra Nevada la causa de la reducción repentina. Porque aun no siendo posible la apreciación de la Sierra, de una sola vez, en sus tres dimensiones, basta para producir el efecto la de sus contrafuertes laterales y sus barrancos; sobre todo el del Guarnón, que, como ha escrito el Dr. Bide, «excede en enormidad a cuanto la imaginación puede concebir». Con todo, es más varia y abrupta nuestra Sierra madrileña, bien que más baja, aunque el granadino D. Pedro Antonio de Alarcón, en su libro sobre la Alpujarra, exagerara, en ventaja de Sierra Nevada, la proporción de ésta con el Guadarrama, comparando con el Mulhacén, no la Peñalara, como debiera, sino el Puerto de Guadarrama, uno de sus pasos menos elevados. Semejante paralelo de una elevación con una depresión, fué, más que producto de injusticia deliberada, un efecto de ignorancia geográfica, nada rara en aquel escritor y sus contemporáneos. No menos de once de las cumbres del Guadarrama—la Peñalara, las dos Cabezas de Hierro, el Cerro de Valdemartín, las Guarra-

mas, la Maliciosa, los Siete Picos, el Cancho de Pasapán, la Peña del Oso, el Montón de Trigo y la Atalaya de las Excomuniones—exceden de los 7.700 pies (2.156 metros) de elevación máxima que el escritor granadino había atribuído, sin informarse bien, a nuestra Sierra, en una nota, poco fiel, de *La Alpujarra*. La primera, cumbre de todo el sistema, llega a 2.406 metros de altitud, esto es, en pies, 8.592, o sea, 892 sobre el límite que Alarcón fijaba como máximo (1).

Mientras la noche caía sobre la llanura lejana y los hondos barrancos, la Veleta dominadora recibía aún los rayos del sol ausente. Llenos de admiración e interés, asistimos a la magia de los colores que la luz del astro repite todos los días sobre las cumbres nevadas. La nieve se tornó rosa, primeramente; luego se hizo de pálido azul; quedando, por fin, en un blanco mate que la noche no acabó de obscurecer por entero. El frío se hizo entonces tan penetrante, que debimos acogernos al Refugio.



En pie, a las cuatro de la mañana, al día siguiente, no abandonamos el campamento sino hasta las seis y media, cabalgando todavía so-

(1) Las últimas rectificaciones llevadas a cabo por el Instituto Geográfico y Estadístico, elevan la altitud de la Peñalara a 2.430 metros sobre el nivel medio del Mediterráneo en Alicante.

bre los mulos hasta encontrar la nieve. El tiempo es bellissimo. Los primeros neveros de cierta extensión aparecen al aproximarnos a la Hoya de la Mora, ya cerca de los 3.000 metros de elevación. La Veleta nos muestra, casi al alcance de la mano, la curva que cierra su famoso «Corral». Abandonamos entonces las cabalgaduras. La nieve aún está helada, señalándose bien las nieves recientes, de la semana anterior, y las antiguas. Aquéllas, bajo el sol, tienen una blancura cegadora; mientras sobre estas otras el viento ha tendido una capa de polvo rojizo, que las obscurece.

Llegamos al lugar denominado «el Verdón», cubierto ahora por la larga superficie del Ventisquero nuevo, por donde se entra al Corral de Veleta, desde arriba. Aquí, por primera vez, nos asomamos al Corral, esto es, al circo formado entre el Cerro de los Machos y la Veleta, cuyo profundo y vertiginoso fondo ocupa el reducido helero, de donde nace Guarnón, primer afluente izquierdo del Genil, apenas formado. El hielo irisado de su fondo podrá no ser el del glaciar más meridional de Europa, como antes se creía; pero aun habiendo perdido este motivo de interés, el imponente abismo del estrecho circo, tallado verticalmente en cientos de metros sobre las negras pizarras de la gélida umbría, contrastando con el cándido ventisquero inmaculado que desciende en plano suave,

será siempre el paisaje más impresionante de Sierra Nevada; aquel que el viajero volverá a ver inevitablemente, al rendirse al sueño, entre las imágenes prehípnicas que la fatiga hace desfilar ante la conciencia.

Marchamos lentamente, sirviéndonos del *piolet*, sobre la arista occidental de la Veleta, que descende hasta la profunda depresión de la laguna de las Yeguas, borrada por la nieve. Con todo, son escasos los pasos de cuidado, en el lugar llamado «la Lastra», que rompe con una larga placa inevitable de pizarra bruñida por el hielo, la continuidad del nevero. Salvada la Lastra, el término se toca ya. El afán de acabar espolea a la vista de la cumbre, y llegamos a ella, adelantándonos a todos.

¡Maravilloso espectáculo inolvidable! Las grandes cumbres de la Sierra aparecen congregadas, en su actitud eterna. Mulhacén, visto de lado, aparece según le ha descrito Ormsby: como un león tendido, cuya faz, soberana e imponente, se vuelve hacia Granada. También un león en reposo han visto muchos en el Peñón de Gibraltar; pero al lado de Mulhacén, con sus 3.481 metros, el león de Gibraltar, con sólo 429, o sea ocho veces menor, es un cachorro recién nacido. Se ve bien, en el acto, que la cima más elevada es la que lleva el nombre de Muley el Hassán, el desgraciado padre de Boabdil, enterrado en las altas regiones de la Sierra por la

piedad de su fiel Zoraya, que entre cristianos se llamó doña Isabel de Solís. Hasta tal punto se yergue, aun contemplado desde la Veleta, segunda de las cumbres de Sierra Nevada, y aun quizá de toda España, que desde luego hace desechar por exagerada la cifra de 3.470 metros, esto es, sólo once menos que Mulhacén, atribuída por algunos a la Veleta. La altitud de ésta ha de ser más bien la de 3.398 o 3.401 metros, que dan otros. Aun la de 3.427 metros nos parece exagerada.

La soberbia Alcazaba, la más regularmente bella de las tres grandes cumbres, se muestra inmediatamente detrás de Mulhacén; uniéndose unas a otras todas las grandes masas de la Sierra por una estrecha arista tentadora. El paso de esta arista ha sido considerado peligroso por Ormsby, Boissier, Rute y todos cuantos le han considerado con atención. El famoso guía de Gavarnie, Henry Passet, que acompañó a Packe en su ascensión a Sierra Nevada, le declaró practicable; a pesar de lo cual, sólo el Dr. Bide le ha recorrido, en su segunda excursión, en el trozo que va de Mulhacén al Puntal de la Laguna de la Caldera, o poco más, quedando inéditos, todavía, el paso del Cerro de los Machos a la Veleta y, sobre todo, la sección de divisoria que une a la Colina de Vacares con la Alcazaba, sección que reputaba la más difícil. D. Simón de Rojas Clemente, donde, según

Rute, debió hallarse el foco orogénico que la hizo nacer. El caos de las bruñidas pizarras afiladas y deshojándose en oscilantes cresterías, llega allí al máximo. En general, en todas partes, en las zonas altas, las divisorias de Sierra Nevada se hacen poco practicables. Lomas y tajos, elementos morfológicos típicos de la Sierra, las primeras por la faz del Mediodía, los segundos por la del Septentrión, se unen en una arista afilada, sobre la cual se yerguen, bamboleantes, los grandes entablamientos de pizarra llamados «Lastras». De esta suerte, es impracticable en Sierra Nevada la táctica alpina del Guadarrama, usada empíricamente por todos; es decir, la busca de la cuerda por los collados y la marcha por aquélla en la amplia extensión y el suave modelado con que el tiempo ha labrado las duras rocas arcaicas.

Al término del horizonte, casi ilimitado, de la Veleta, veíamos, por el Norte, el mar, recortando la costa en el Golfo de Almería; hacia el Sur, la vega granadina y la Andalucía casi entera, aplastado, casi aniquilado, el relieve de sus montañas, aun las más elevadas, entre las que identificábamos bien la Tetica de Vacares, (2.080 m.), con su bello modelado, de seno femenino; el sombrío Javalcón, de Baza (1.498 m.); la solitaria Sagra (2.400 m.); la Mágina giennense (2.165 m.), de larga cumbre aplanada. A media ladera de la loma septentrional de Veleta relu-

cían, heridos por el sol, los tejados de launa de algunos altos pueblos alpujarreños: Bubión, Capileira y Pampaneira, nombres que parecen gallegos, siendo en realidad de antiguo abolengo castellano (1). El día es tan sereno, que la llama del encendedor del fumador único del grupo humano que se inmoviliza de estupor en la cumbre de la Veleta, se mantiene sin oscilar, fija, como en un interior resguardado. La azulada mariposa de Mulhacén, vuela, bañándose de luz a pleno sol, dominando nuestras cabezas en un par de metros. Pero más que en los días luminosos como el de hoy, la perspectiva debe ser clara y diáfana antes y después de la lluvia, en determinadas condiciones que extinguen la calina de las lejanías y facilitan la transmisión de las ondulaciones luminosas en condiciones atmosféricas de temperatura y humedad más homogéneas.

La costa africana o, mejor, las montañas de Argelia, Tilhausen y M'Sabbia, que sirvieron,

(1) «En España es un hecho curioso la conservación, en nombres de lugar del territorio árabe, del sufijo «arius» en una forma que debió ser la prehistórica del castellano: *Capileira, Lanteira, Pampaneira, Junqueira* (Granada), así actualmente y con la misma forma en la escritura de erección de la diócesis de Granada, en 1500. A primera vista parece que tales denominaciones se deben a influjo gallego-portugués, lo que en realidad no ocurre.»—W. Meyer Lubke: *Introducción al estudio de la lingüística romance*, trad. de Américo Castro; Madrid, 1914; 2.^a parte, cap. V, pág. 290, adición del traductor.

para el enlace de la red geodésica, deben ser entonces bien perceptibles. La cadena rifeña, hasta Yebel Musa, el antiguo Abila, «la elevación», que con Calpe, el actual Peñón de Gibraltar, forma las «columnas de Hércules», sólo debe ser visible desde el Cerro del Caballo, que avanza en dirección al mar, al S. W. Un año antes, en el mes de Abril, nosotros no habíamos podido discernir Sierra Nevada desde el propio Musa, en el Estrecho de Gibraltar, ni aun desde Yebel Semsen ni Cudia Taifor, en el litoral mediterráneo, entre Ceuta y Tetuán. ¿Pero deberemos dar crédito al autor que asegura que, cuando el viento sopla del Mediodía, se oye desde allí el débil oleaje de un mar interior, como el que se pierde tan lejos?

Tendidos boca abajo sobre el abismo del Corral, escuchamos después la historia que nos refieren nuestros acompañantes para explicarnos la fundación, en la cumbre de Mulhacén, de la ermita de la Virgen de las Nieves, que no logramos descubrir con los prismáticos.

El suceso ocurrió ¿cuándo? En otro siglo más acercado a la fe. Cierta beneficiado de Válór, el pueblo del desdichado Aben Humeya, se dirigía hacia Granada, acompañado de un criado, buscando el Collado Veleta, altísimo paso, por encima de los 3.000 metros, que comunica la Alpujarra, donde Válór radica, con la ciudad de la Alhambra, por el lado Oeste del Picacho. En

las altas soledades que preceden al Collado, la nevada les sorprendió; temerosa nevada en que la ventisca hacía danzar la espesa precipitación de los copos, congelándose en las cristalizaciones caprichosas que rige el número seis, verbo creador de los cristales de la nieve. Cuantos se hayan visto en una de estas heladas tormentas, saben bien el poder aniquilador que tiene sobre el ánimo la ventisca entre la nieve, envolviéndolo todo en su substancia blanquecina uniforme, imagen verdadera de la nada.

Nuestro beneficiado se rindió y aguardó la muerte con su fámulo, sentados ambos en un bloque de pizarra que deshojaba la erosión. La fe, empero, le impulsó a encomendarse a la Virgen María, cuando simultáneamente la claridad de la nieve se iluminó con radiaciones sobrenaturales, cesó la ventisca a su alrededor y una forma impalpable de luz y de suave calor avanzó hacia la divisoria de la Sierra, encapotaada en los temerosos nimbos de la tormenta.

Así pasó el beneficiado de Válor, con su fámulo, el Collado de la Velea cierto día memorable, que fué el mismo en que acordó, en su voluntad, fundar una capilla dedicada a la Virgen de las Nieves, en las proximidades del lugar del suceso, dotándola con sus bienes perpetuamente. De aquí el nombre de «Tajo de la Virgen» que conserva aún una parte de la divisoria.

Las gentes de Dilar cuidaron de la ermita por mucho tiempo, hasta que, al cabo, quedó abandonada en los últimos años.

En su lugar, el párroco de Trevélez, D. Francisco Castro Sánchez, convirtió en un nuevo santuario los restos de la construcción que dejó en la cumbre de Mulhacén la Comisión científica, dirigida por el coronel Ibáñez, que, en 1879, enlazó la red geodésica de España con la de Argelia.

El 6 de Agosto de 1913 se dijo la primera misa, que desde entonces viene repitiendo, año tras año, el cura de aquel lugar, el más alto pueblo de toda España, encaramado a 1.625 metros, nueve más que la cumbre de nuestro San Benito.

* * *

Al siguiente día, 7 de Junio, recorreremos, por la mañana, la base de los tres peñones de San Francisco (2.579 metros): el primero, es decir, el más meridional, por la vertiente Sur, y los otros dos por el Norte.

A mediodía regresamos al Albergue, descendiendo después de almorzar, por el Barranco de las Ánimas, hasta el Genil. Remontando el curso de éste, en la confluencia con el Arroyo de San Juan, visitamos el histórico dique de serpiente; los «ricos jaspes matizados de diversos colores», mencionados por Luis del Mármol Carvajal, en su historia de la rebelión de los mo-

riscos, «de donde el Rey Don Felipe, nuestro señor, hizo sacar las ricas piedras verdes de que está hecho su sepulcro en San Lorenzo el Real (el Escorial)». Lope de Vega alude también a esta cantera en algunos versos de su *Aben Humeya*, y de ella habla asimismo con gran elogio D. Antonio Ponz. Según él, «esta piedra no hay noticia de que se haya hallado más que aquí y en las partes de Oriente».

Cruzado el Arroyo de San Juan, seguimos aguas arriba el curso del Genil, que corre en rápidas hoces encajadas entre los dos poderosos contrafuertes, Veta Grande y Veta de Maitena, que la sierra lanza al Norte para sostener su ingente pesadumbre. Una antigua senda minera que el abandono ha hecho regresar al estado de salvajismo, se adapta al tortuoso curso del río, trepando por las laderas. Desde el lomo de los mulos, que hemos vuelto a tomar, se ve con inquietud la escarpada angostura de la senda, no defendida por pretil alguno en el lado del hondo tajo que cae al río. Corre aquí el Genil, casi siempre, en una clamorosa efervescencia de espumas, sin que le den tregua a remansarse los violentos giros y las pronunciadas pendientes por donde se debe precipitar. Pasada la Cuesta de los Presidarios, al otro lado del río, por donde se va desde Güejar a Trevélez, por Vacares, una revuelta del sendero descubre, de repente y por completo, la magnífica Alcazaba,

gran pirámide escalonada, llena de juventud y de fuerza, como un poderoso alcázar recién construído. Poco después Mulhacén se pone a su izquierda; y ya los dos soberanos, rey y reina, pues parece tener cada uno algo de sexualidad diferente, no dejan de mostrarse al fondo del sendero. A poco se penetra en la demarcación de una antigua mina de cobre, «La Exploradora»; y en otra casi inmediatamente después, «La Estrella», en el lugar preciso donde se unen con el Genil las aguas del Guarnón, que bajan del Corral de Veleta.

Las minas de Sierra Nevada y los tesoros escondidos por los rapaces monjes y los fieros moriscos que pretendieron ganar la diadema de la Alpujarra, han desenvuelto allí una variedad que llamaríamos «alucinada» de frecuentadores de sus rincones más escondidos. Alguna vez, los miembros de la «Alpina», de Granada, han encontrado en sus excursiones, bajo las cumbres, grupos de hombres famélicos, de expresión extraviada, que, con malas herramientas, arañaban las pizarras bruñidas de la Sierra. Entre todos habían reunido un capital de 20 duros para comenzar la explotación. Trabajaban poseídos de una codicia intensa, delirante, que suplía, con su energía interior, los enormes desgastes orgánicos de la fatiga y la desnutrición, comiendo seco pan, retirándose a dormir, entrada la noche, algunos centenares de metros más aba-

jo, sin techo y sin ropa, a la temperatura del espacio. No hace mucho, parece que llegó desde Almería a las alturas de la Sierra una expedición a la busca del tesoro señalado en un determinado lugar por una estimada sonámbula.

Están las casas de «La Estrella» a 1.580 metros de altitud, 1.821 por debajo de La Veleta, que muestra su aguda cumbre a 11 kilómetros en línea recta, visible el borde final del supuesto glaciar, como un espeso muro blanco. Algunas acacias degeneradas crecen en doble fila ante el caserío, acentuando la triste umbría en que se halla sumido. Pálidos niños, mujeres desterradas en aquella soledad fría que el sol conforta tan sólo algunas horas en la estación buena, vinieron a recibirnos, preparándonos albergue.

Al obscurecer oímos lejanos truenos, de sonoridad misteriosa. Dijéronnos que eran los clamores de las hondas lagunas de las alturas. Luego hemos leído cierto estudio sobre estos fenómenos acústicos de las montañas en que se señalan las horas que siguen al mediodía como aquellas en que suelen ser más frecuentes las extrañas resonancias. Podrían ser asimismo ocasionadas por la caída de aludes en el Corral de Veleta. Pero también este hecho se produce en las horas de sol, y no a la caída de la tarde, ya en el crepúsculo, como cuando escuchábamos, con cierta temerosa inquietud, las opa-

cas detonaciones en el cercado, solitario y perdido, de las casas de «La Estrella».

A la noche, nuestros huéspedes de «La Estrella» nos ofrecen, tras la cena, sendas tazas de te silvestre, según ellos, que más bien parece menta o hierbabuena.

De sobremesa, en la buena compañía de Almagro, de Carnicero, del notario D. Santos Fernández Santos y de un amable súbdito francés, M. Delorme, que habla un simpático castellano pronunciado a la andaluza, evocamos la leyenda de Mulhacén, resumen de toda Sierra Nevada histórica.

Hela aquí, para que no falte en este libro.

Cuando depuesto por sus súbditos de Granada, Muley Hacén fué forzado a retirarse a la Alcazaba de Mondújar, su alma iba más triste y doliente, más desesperada que su propio cuerpo, anciano, decrepito y casi ciego. El antiguo soberano de la ilustre dinastía de los Alhamares, vencido por su propio hijo Boabdil, en complicidad con su propia mujer principal, Aixa la Horra, hubiera semejado un rey Lear de los países del Sur, donde la palma sueña con el abeto, a la inversa que en el *lied* de Heine, a no conservar entonces y siempre la preciosa prenda de abnegada fidelidad de aquella cristiana renegada, cautiva en una expedición militar, llamada Zoraya, no porque fuese este su nombre propio—dicen las crónicas—, sino por

ser muy hermosa, sólo comparable a la estrella del alba, así dicha en lengua arábiga.

Sanguinario y despótico, las culpas de Muley Hacén eran ciertamente muchas; mas las expiaba de tal suerte, en el ocaso de su vida, que sin duda le perdonaban las sombras de sus víctimas más inocentes: los generosos Abencerrajes, renunciando al sagrado derecho de la venganza de la sangre. Amargándole el alma una ponzoñosa misantropía, vivía sin compañía tolerable de varón alguno, siempre en la clausura de la alta torre de la fortaleza, evitando tender la cansada vista al exterior, porque le irritaba, añadiendo un nuevo motivo de malestar a su existencia el contraste entre su desolación interior y la gala riente del valle, a que se había reducido todo su imperio; gala riente tan ingenua y expresiva, que le había dado nombre de valle de Lecrín, o sea la alegría. Por huir de esta vista de húmedas praderas de suave verdor y de frondosas masas de arbolado vibrantes musicalmente al viento, el anciano elevaba alguna vez sus ojos de présbita a las alturas de las montañas, donde encontraba más notas acordes con su alma: obscuras rocas pizarrosas deshaciéndose en hojas desgarradas y rotas; tajos que se hundían desesperados al infierno, y torres que se levantaban al cielo, confiadas como plegarias; cándidos ventisqueros de frío fatal, aniquiladores de toda existencia, vegetal y animal, y

que por lo mismo sugerían la imagen de amplios sudarios para devolver a la nada la vida de la Naturaleza.



Zoraya, con su atención vigilante, sorprendió, desde el primer día, el raro germen de interés hacia aquel alto tema del alma doliente que ella sólo conocía, después de su creador, en todo el complejo misterioso de sus necesidades y deseos. Proponiéndose cultivar este germen como una medicina natural que alejara del dolor y animara los secretos manantiales interiores de la vida, comenzó una tarde a hablar, a la hora divina de la puesta del sol, que ella, con su fina sensibilidad de mujer superior, sabía ser la más propicia a todos los misterios buenos.

—¿Miras a Xolair? ¿Sigues con la mirada, como si quisieras acariciarle, su contorno noble? Yo te permitiría esta infidelidad, primera y última, como única, de tu amor, que me ha hecho dichosa.

Muley Hacén escuchaba las palabras de su antigua cautiva, que vertían un bálsamo oloroso de inestimable virtud sobre las llagas abiertas de su alma; y tomándole la mano le dejaba hablar, entregado sin reserva a la música de su voz acariciadora, que anulaba toda otra sensación, aun la del contacto de sus carnes, que se habían deseado tanto.

Única superviviente de la juventud, conservada por un prodigioso encanto, la voz no había envejecido, pues aun en los ojos profundos, insondables, de un pardo aterciopelado siempre acariciante—¡los queridos ojos pardos, más valiosos que las ágatas más puras y mejor labradas!—la vista, aun siendo tan torpe, de Muley Hacén, reconocía una limitación de luminosidad, para la cual ni en las palabras del Profeta hallaba consuelo. Libertados por la edad y la desgracia de toda impureza carnal, el amor de la pareja, que temblaba de emoción en el misterio de la tarde, adquiriría un valor que les parecía, más que nunca, conmovedor e inestimable.

* * *

Desde entonces, discretamente, sabiendo aprovechar los buenos instantes, Zoraya entretenía a Muley Hacén con relatos que hacían relación a los secretos y misterios, no sólo de la gran Xolair, nuestra Sierra Nevada actual, que alguno de los sabios árabes llamó también Monte de la Helada, sino de las otras sierras menores próximas, a las que la brillante geografía árabe designó con el nombre, todo encanto e ilusión, de Montañas del Sol y del Aire, que corresponden, al parecer, a la Sierra de Gádor y a la Contraviesa.

Zoraya recogió toda suerte de fábulas y noticias de aquellos a quienes su manera de vivir ponía en intimidad con las alturas solitarias e imponentes: ascéticos santones inmovilizados por la oración, cara al alquibla; sabios herborizantes, que rebuscaban las plantas medicinales prendidas en las cornisas vertiginosas; escudriñadores de las vetas de metal que cruzan la poderosa estructura de la Sierra, como los vasos que reparten la sangre en el organismo de los hombres; monfíes sin piedad, hombres de presa, que caían, como el águila, sobre sus víctimas, arrebatándoles todo bien que traían consigo y hasta la vida. Como una nueva Scherezada, hablábale ella de las altas lagunas donde duermen espantables monstruos devoradores, creadores, además, de las nubes negras que lanzan el rayo y el pedrisco sobre las producciones de los hombres. Hablábale también de los gnomos de la montaña, a quienes a menudo se sorprendía labrando a cincel entre los riscos, siempre en el único estilo de las seis caras, los cristales de roca, claros como la luz, amarillos como el oro o rojos como la sangre. No olvidó de narrarle la portentosa celeridad con que la escoba del diablo—esto es, el viento del Sur, caldeado en la travesía del tórrido desierto africano—barre los ventisqueros de la divisoria, hasta descubrir en grandes extensiones la negra pizarra bruñida, horas después de haber

tendido la nevada infinitos velos de inmaculada blancura que envolvían en un modelado suave las ásperas formas de la montaña.

Muley Hacén oía con la curiosidad del niño que la vejez hacía nacer de sus propias ruinas. Si Zoraya callaba o se ausentaba, el encanto no tardaba en deshacerse, roto por la gravedad de sus pesares, más que por la aplicación de facultades críticas, de que, como todos los de su tiempo y de su raza, carecía en absoluto. Mas por encima de los temas frívolos de interés por la montaña, únicos que un alma de mujer podía manejar, la contemplación larga y solitaria, prolongada y repetida día tras día, de las cumbres excelsas, sedimentaban en la del anciano monarca depuesto, el amor y el temor, el respeto y el deseo, en la mezcla apretada y confusa de sentimientos, como la trabazón de los elementos de las rocas, que experimenta, haciéndole estremecer, todo el que siente de veras el amor, siempre algo masoquista, de las montañas, en presencia de tan altas, tan fuertes y tan esquivas damas.

En estas calladas entrevistas en que Xolair imponía su imperio al que en otros tiempos lejanos se jactaba de ser su dueño, sin conocerla más que de rápidas ojeadas lejanas, Muley Hacén concibió el deseo de hacer de ella el lugar de su reposo eterno en la muerte, no por vana megalomanía, por sobrepasar en grandeza y

excelsitud a todos los soberanos constructores de túmulos gigantescos, más para hallarse alejado hasta lo imposible de los hombres y elevado al cielo infinito sobre la montaña poderosa y entre los meteoros deslumbradores.

Reservándole hasta la hora de la muerte, para darle más virtud de ejecución, éste fué su deseo, transmitido a la fiel Zoraya en la hora del supremo desgarramiento.

—Llévame a lo más alto de Xolair, donde no pueda sentir la perversa planta de los hombres, donde me deshaga en el olvido mientras tú me lloras.

Por sobre las pizarras bruñidas, ascendiendo trabajosamente la amplia loma que desde el fondo de la Alpujarra conduce a lo más encumbrado de la sierra, cortada de improviso en un tajo espantable, el fúnebre cortejo avanzaba en una mañana de primavera, con flores minúsculas y brillantes abiertas al borde de los ventisqueros, sudorosos en pleno deshielo, y mariposas azules, tenuísimas, que a veces revoloteaban, cruzándose en una alegría feliz sobre el muerto cuerpo para el que se iba buscando tierra. Aparte los hombres de faena, subía sola Zoraya con Alí y Acre, los dos hijos que hubo con Muley Hacén, y que después fueron llamados D. Juan y D. Hernando, cuando tornan-do ella a su primera religión recobró su nom-

bre de Isabel de Solís y logró la protección de los Reyes Católicos, conquistadores de Granada.

Abnegada y heroica fué la tarea de depositar el cadáver de Muley Hacén en la roca cimera de Xolair, a cubierto de las aves rapaces. Resguardado por lajas pizarrosas hábilmente dispuestas, allí quedó tendido, cara al alquibla, en una de las más atrevidas cornisas que surcan, como un ceño formidable, la faz imponente, de león, de la montaña. Sobre la cumbre dominadora de toda Andalucía, Zoraya volvía a ver, por vez primera después de ser cautivada, su tierra patria, y una nueva emoción, extraña, mezcla de dulzura y amargor, envolvía su ser, haciéndole temblar y alejándola por instantes del pesar de su viudez, allí consumada. Vagamente, a lo lejos, casi aniquilado en la llanura, reconoció el sombrío Javalcón, que domina a Baza. La imagen lejana le transportó nuevamente al recuerdo de Muley Hacén. «Montaña del k'jol», que tal quiere decir, en castellano, su nombre, esto es, del antimonio que yace en él, creciendo y disminuyendo, según las lunas, procedía de allí el negro colirio con que pintaba sus ojos, a la usanza moruna, desde que cayó cautiva de su señor. Muley Hacén mismo, besándola con toda la pasión que desde el principio le inspiró, le pintó por primera vez los trazos oscuros—estigma del Oriente voluptuoso—

que aumentan el poder hechicero de los ojos...
¡Cuán lejos todo ya, como el espacio infinito que
la envolvía!

Más de cuatrocientos años se han cumplido
desde aquel día.

Lavados por el agua de fusión de las nieves
que llenan la copa virginal de la laguna cimera
de la Sierra, fuente primera del ilustre Genil,
que se forma en el Harén del Real, en la con-
fluencia del arroyo de Valdeinfierno con el de
Valdecasillas, sometidos a la cremación del sol
poderoso del Mediodía, en el aire sutil de las al-
turas, los restos de Muley Hacén se han disuel-
to para siempre, lográndose su deseo de no su-
frir la planta humana.

Mas la segunda parte de su voluntad no ha
podido asimismo prevalecer. En lugar del eter-
no olvido, la perpetua memoria del hombre y
de la persona del ilustre muerto, viven en torno
a la montaña donde recibió sepultura por la pie-
dad de su fiel Zoraya.

Séale consuelo y satisfacción, si cada vez que
su nombre se pronuncia, aun desconociéndole,
vibra su espíritu en el mar de las vidas perdi-
das, como pretende una extraña idea que persi-
gue al hombre desde los tiempos mismos en que
se hizo un ser lleno de ansiedad e inteligente.

*
* *

Muy de mañana al nuevo día, proseguimos remontando el curso del Genil, que recibe de ambos lados arroyos, descolgándose en pintorescos saltos. Pasada la última mina abandonada, que se llamó «La Justicia», frente a la Cuesta y Chorrera del Aceral, se inicia la grande encrucijada del Harén del Real, donde el Genil se deshace en la red capilar de arroyos de sus primeras fuentes.

Al fondo de esta amplia plaza, surcada por tantos cursos de agua, se levantan verticales, casi al alcance de la mano, los altísimos muros de las grandes cumbres, entre las que descuelan de nuevo, más cercanas ahora e imponentes, Mulhacén y la Alcazaba, la soberbia pareja indisoluble que perpetúa sus bodas en la acrópolis de España.

Mientras contemplamos sus adustas frentes, surcadas por las enormes arrugas de los verdones, que contrastan con su blancura nevada entre la negra coloración de la pizarra, el minero que nos acompaña y nos guía—un montañés de pequeña talla y de aspecto infantil—nos habla de los prodigios de osadía y agilidad, como trepadores de rocas, de los que allí llaman «manzanilleros», buscadores de una artemisa peculiar, al parecer, de Sierra Nevada, empleada para la destilación de licores, ya muy enrarecida, casi extinguida, conservándose sólo en lugares inaccesibles a todo interés que no

sea la conquista del pan, premio de todos los sudores. La vida es, a veces, lo que se pierde en la tarea. El último despeñado fué un adolescente de Los Bérchules, pueblecito alpujarreño humildísimo. Cayó el adolescente desde la frente de Mulhacén por el vertiginoso tajo en cuya más profunda depresión el agua de fusión de la nieve se recoge en una virginal laguna que muy pocos ojos humanos han visto en el curso de las edades dilatadas. Nuestro guía formó en la expedición enviada para recoger el cadáver. Tenía el cráneo hendido por una laja de pizarra cortante como un hacha, los miembros rotos; pero la mano, rígida, apretaba la mata de la manzanilla codiciada, como si pareciera decir: «se muere de lo que se vive».

Es este Barranco del Real el lugar único en que reconocemos algunos restos de la nomenclatura moruna de la Sierra, perdida. Luis del Mármol Carvajal, el soldado historiador de la rebelión de los moriscos, nos ha transmitido, por excepción, este pasaje interesante: «Su fuente—la del Genil—es en Sierra Nevada, en una umbría que está encima del lugar de Güejar, y los moros la llamaron «Hofarath Gihena», que quiere decir «Valle del Infierno», y procede esta agua de una laguna muy grande que está en la más alta cumbre de la sierra, junto al puerto «Loh». El «Hofarath Gihena» ha quedado traducido literalmente en «Valdeinfierno», aplica-

do al estrecho barranco por donde desciende el arroyo del mismo nombre, desde la Laguna larga, en el tajo de Mulhacén, a que Mármol alude. En cuanto al «Puerto Loh», ha de ser, probablemente, el actual «Puerto del Lobo», convertido en esta significación para dar sentido a un sonido que lo perdió con la expulsión de los moriscos. Lo que no parece comprobado es que las «Montañas del Sol y del Aire» de la geografía arábigoespañola, correspondan a la Sierra Nevada, que los romanos titularon «Mons Solorius», montañas del sol naciente. Las Montañas del Sol, arábigas, corresponden, más bien, a la Sierra de Gador; las del Aire, a la Contraviesa.

En este lugar del Real vagaba una mujer, hembra de un cortijero que labra un pedazo de tierra entre las breñas; mientras algunas lindas cabras trepadoras miraban con extraña curiosidad, como insólito ser, al can que nos acompañaba, indiferente por completo al interés que suscitaba su presencia.

Teatro de la conjura de los moriscos de la Alpujarra, este recóndito Harén del Real, la figura y la historia de Aben Humeya no se aparta de nuestra imaginación mientras tanto.

Esta historia es sencilla y bien conocida; de ambición e impotencia, a que la interposición impensada de una mujer fatal da un desenlace rápido.

Días antes de salir de Madrid, había yo re-

pasado el curioso libro de Góngora, sobre las antigüedades prehistóricas andaluzas, en cuyas páginas primeras se describe la exploración, hacia 1857, de la Cueva de los Murciélagos, en las Angosturas de Albuñol, y el emocionante hallazgo, en el interior de ella, de un esqueleto humano, ceñido el cráneo por áurea diadema: régulo, al parecer, de una tribu dueña de la Alpujarra en los tiempos en que la aurora de la industria de los metales clareaba sobre las largas edades de la piedra. Quien haya leído las páginas de Góngora, quien haya escuchado de cualquiera el relato del misterioso descubrimiento a que la fantasía del pueblo andaluz añadió la sorpresa de la frescura de la sangre que manchaba los tejidos de esparto milenarios, comprenderá en seguida el efecto sugestivo instantáneo. ¿Cómo D. Pedro Antonio de Alarcón ha podido escribir, en su libro sobre la Alpujarra, las líneas desdeñosas que dedica a los trogloditas de la Cueva de los Murciélagos? ¿Cómo podía faltar en él el sentimiento de la leyenda prehistórica, la más bella de todas y la que más nos emociona, como recuerdo de la infancia entera de la especie, cuando el hombre era niño continuamente y miraba el mundo y sus maravillas como todos le hemos visto a los siete años?

Ello es que este día, asociando una historia con otra, puesto que ambas se desenvolvían en un mismo teatro y tenían el mismo ambicioso

tema, me permití forjar un episodio que no han sabido D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal, Ginés Pérez de Hita, ni ninguno de los historiadores de la terrible guerra de los moriscos, y que pudiera ser, acaso, cierto, puesto que la leyenda es más cierta que la historia, según la filosofía nos enseña.

Un viejo monfí de la brava Alpujarra, alguno de los puñaleros que dieron nombre al arroyo de las Angosturas, de aquellos que, según la bella imagen de Alarcón, dejaban sobre los ventisqueros de la Sierra la huella de su babucha en el ir y venir de los preparativos de la revuelta: uno entre tantos, trepador de las rocas, rebuscador de las simas y las espeluncas, conoció el secreto de la de los Murciélagos, refrenando su codicia por el temor y la superstición ante la diadema de oro del régulo inanonimado, yacente en reposo eterno a que circundaba de miedoso respeto la corte de esqueletos, su compañía en la perpetuidad de la nada abrumadora. En los días de lucha que siguieron, cuando los moriscos creyeron hallar en el jerife Aben Humeya el caudillo victorioso de su causa, el viejo puñalero, de alma agorera, vió en la posesión de áurea diadema segura prenda de triunfo, y así se lo comunicó al propio Aben Humeya, en el corazón de la Alpujarra.

¡Ay! Don Fernando de Válor, lanzado a la rebelión entre resentido y ambicioso, padecía la

abulia real de Hamlet, víctima de un temperamento voluptuoso que le sujetaba, sobre todo, a las mujeres. La Cueva de los Murciélagos, suspendida ante una vertiginosa cornisa sobre el abismo de las Angosturas, la diadema dorada, el esqueleto humano aguardando al heredero feliz, fueron temas, imágenes que quedaron en su alma, a veces con tiempos de obsesión, que inquietaban su juventud comprometida. Aún la noche final, la noche triste del Laujar de Andarax, regresando de la zambra en que entretenía su importuno ocio, todas ellas pasaron ante él en el breve trayecto hasta su real casa.

Y allí le hallaron los regicidas, entre la funesta Zahara, prima de Diego Alguacil, y otra hembra de quien no han conservado el nombre las historias. Y en la rápida sucesión de imágenes de la propia vida, cinta cinematográfica que la hipermnesia pasa ante los ojos de los agonizantes, la Cueva, la diadema, el muerto ilustre, pasaron para Aben Humeya como destino reservado a otro más feliz, cuando el cordón de seda le estranguló, luego que se hubo cubierto, para morir, la propia cara.

Rememorando estos sucesos, todavía avanzamos aguas arriba del Arroyo de Valdecasillas, nacido en la Alcazaba, para admirar la Chorrera del Real, ya próxima. El hijo de los neberos de la magnífica montaña salta en el abismo, regresando, en parte, a la nube, pulverizado en

cambiantes irisaciones en la caída, mientras el resto lame la laja pizarrosa, rizándose en clamorosas espumas.

Esta es nuestra impresión última de Sierra Nevada. En seguida empieza el regreso, aguas abajo del Genil, hasta Güejar, esto es, «la aspe-reza», a 1.120 metros de altitud, bajo el Cerro del Calar.

Paralelo al río, una vertiginosa carretera lleva en pocos kilómetros a Granada, pasando por Pinos Genil y Cenes.

POST-SCRIPTUM

En la interesante «Guía Alpina de Sierra Nevada», acabada de publicar por D. Rafael María Rojas, director de excursiones de la Sociedad «Sierra Nevada», hallamos (página 26) los dos siguientes párrafos de la mayor importancia, en relación con el más sugestivo de los temas históricos de la Penibética:

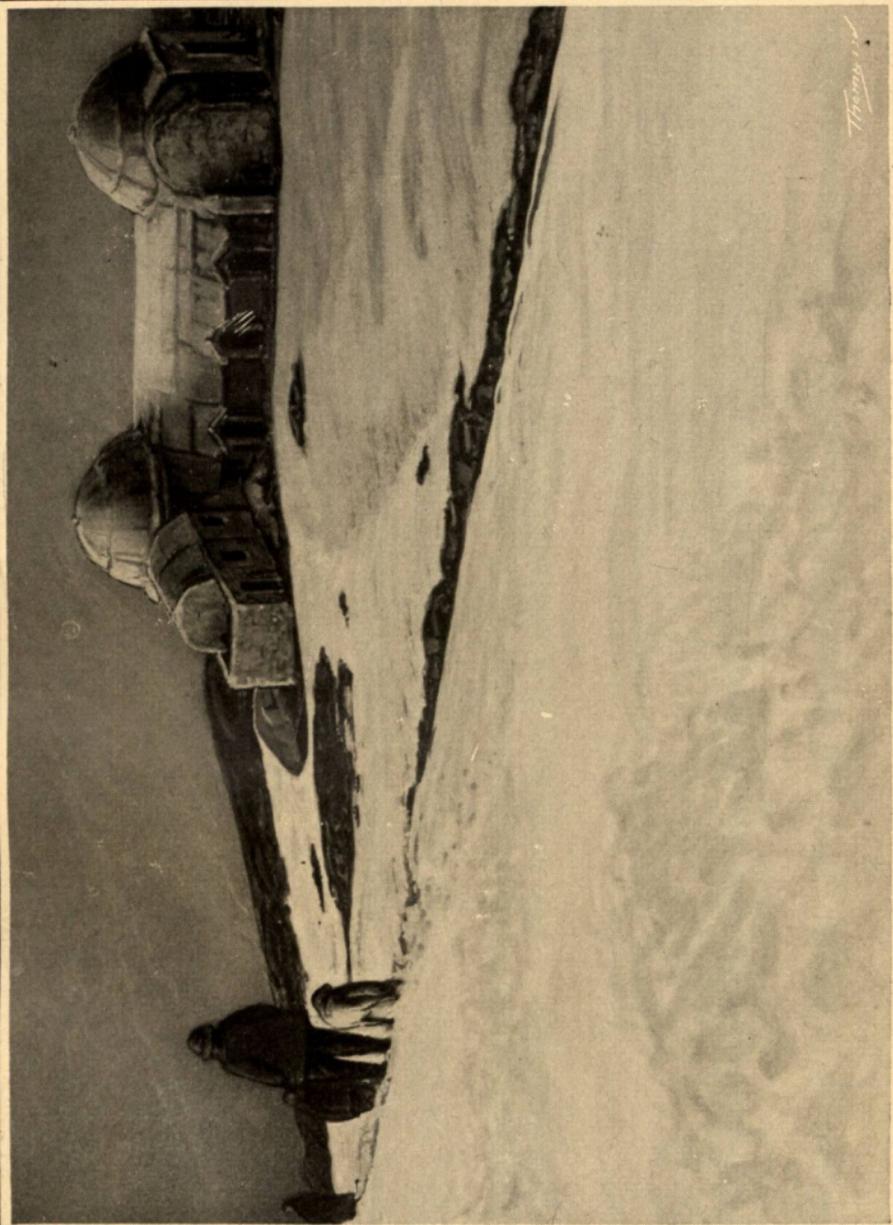
«En la cumbre de Mulhacén hay una modestísima ermita destinada al culto de la Virgen de las Nieves, cuya fiesta se celebra el 5 de Agosto; hay, además, cuatro corralizas con paredes de dos metros de altura, y dos más pequeñas cubiertas de cinc y de pizarras. A unos 50 metros al Noreste de la ermita, entre otras hendiduras o cuevas, hay una bastante profunda, de doble entrada, horizontal una por la cara del tajo, y en rampa otra, por entre las quiebras de las peñas. En su interior tiene un banco tallado en la piedra, y en el fondo un bloque de hielo de figura de ataúd.

Si fuéramos a dar crédito a los historiadores que narran el encargo póstumo que hizo el penúltimo rey moro de Granada a su amada Zoraida, de que transportaran su cadáver a las cumbres de la Sierra y lo enterraran en lugar no profanado por su ingrato hijo y esposa y desleales súbditos, diríamos que el lugar descrito era la tumba de Mulhacén.»

No queremos que falte esta noticia en nuestro libro, ya que en él hemos tratado ampliamente del suceso.

LÁMINAS





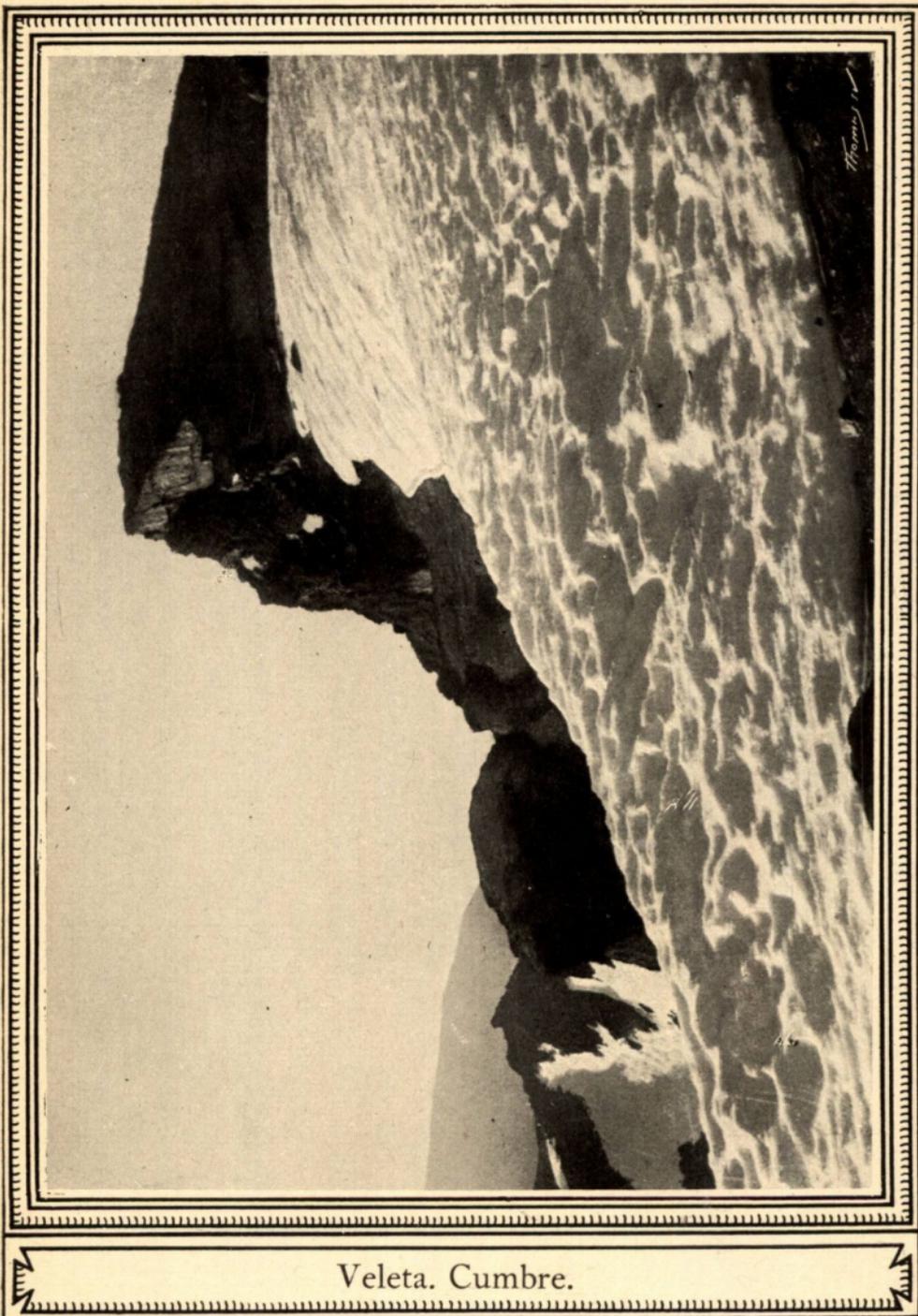
Albergue de la Sociedad «Sierra Nevada».



Peñón de San Francisco.



Laguna de las Yeguas.

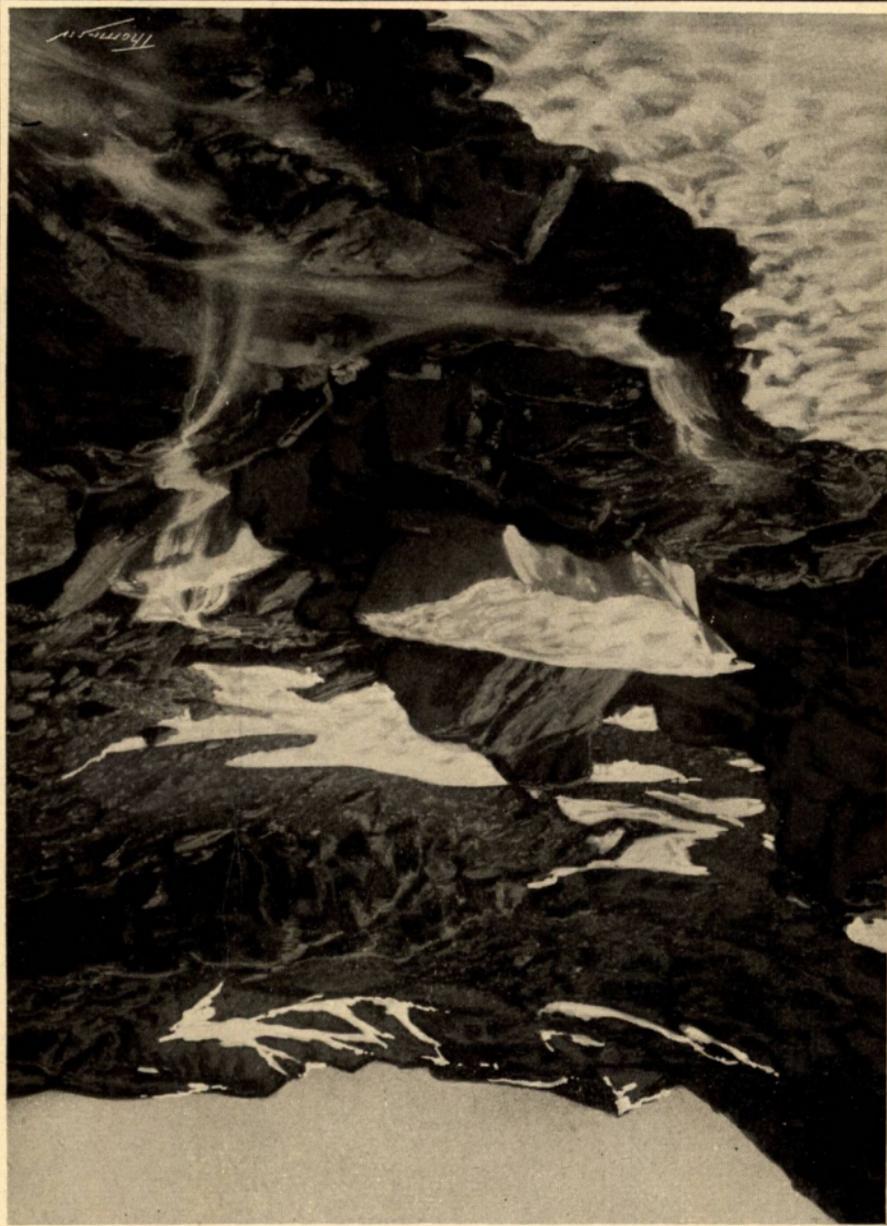


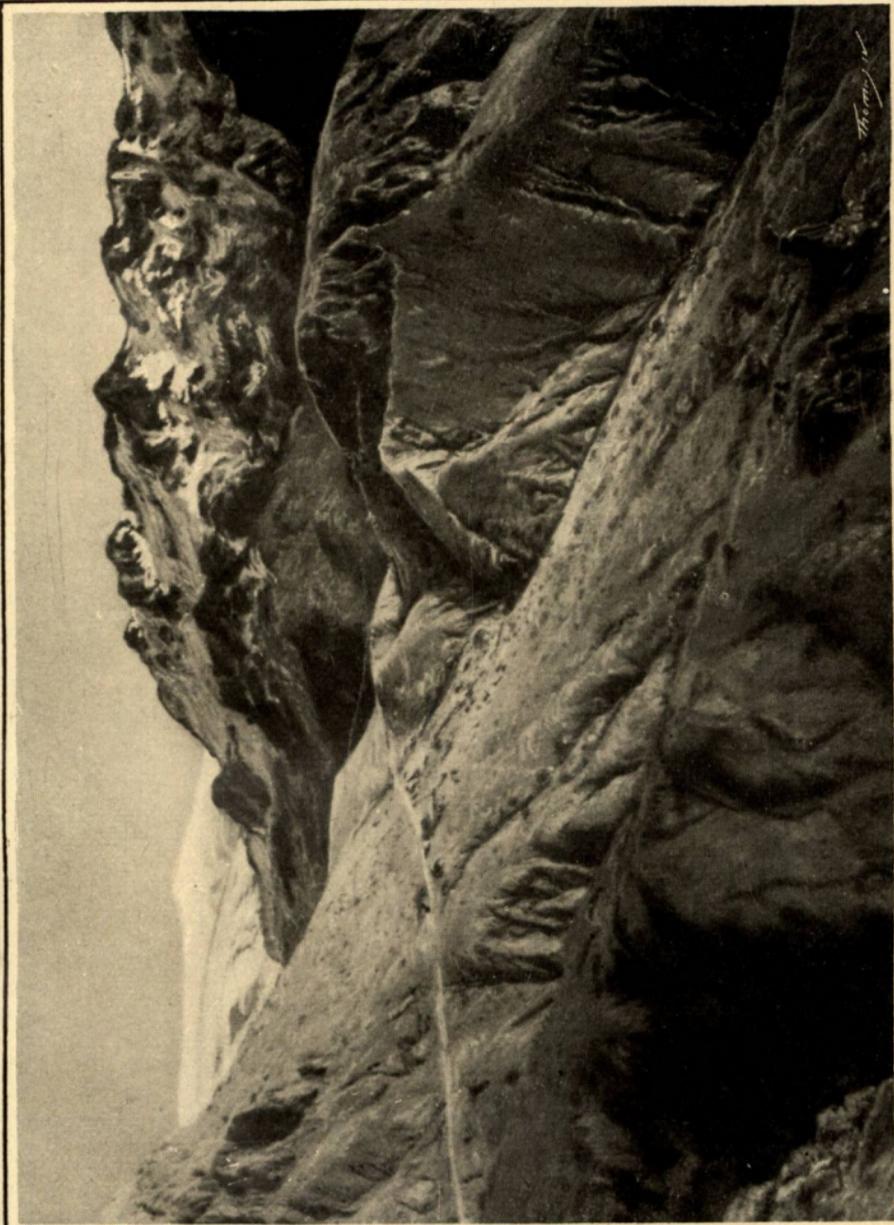
Veleta. Cumbre.



Veleta. Fondo del «Corral», desde la cumbre.

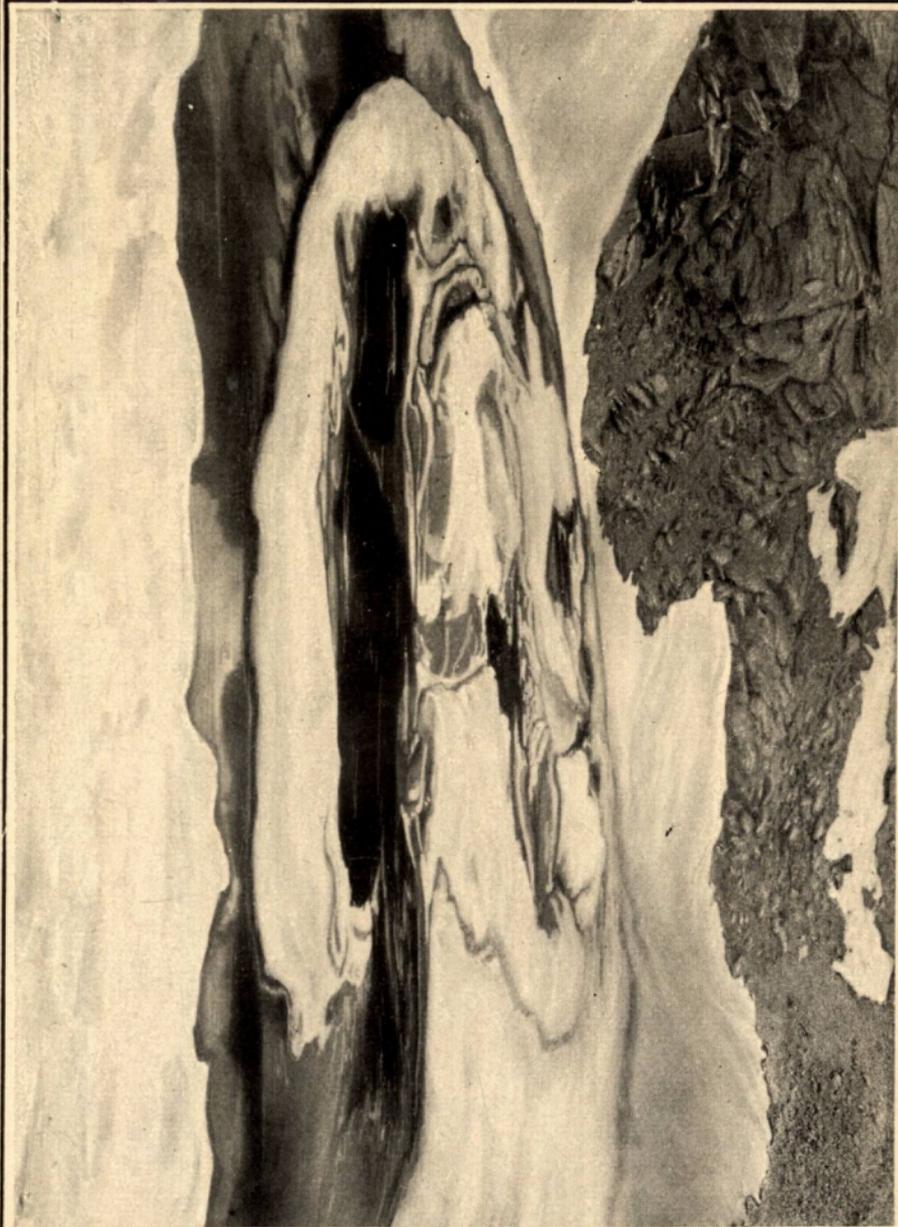
Fondo del Corral de Veleta. Nacimiento del Garnón.





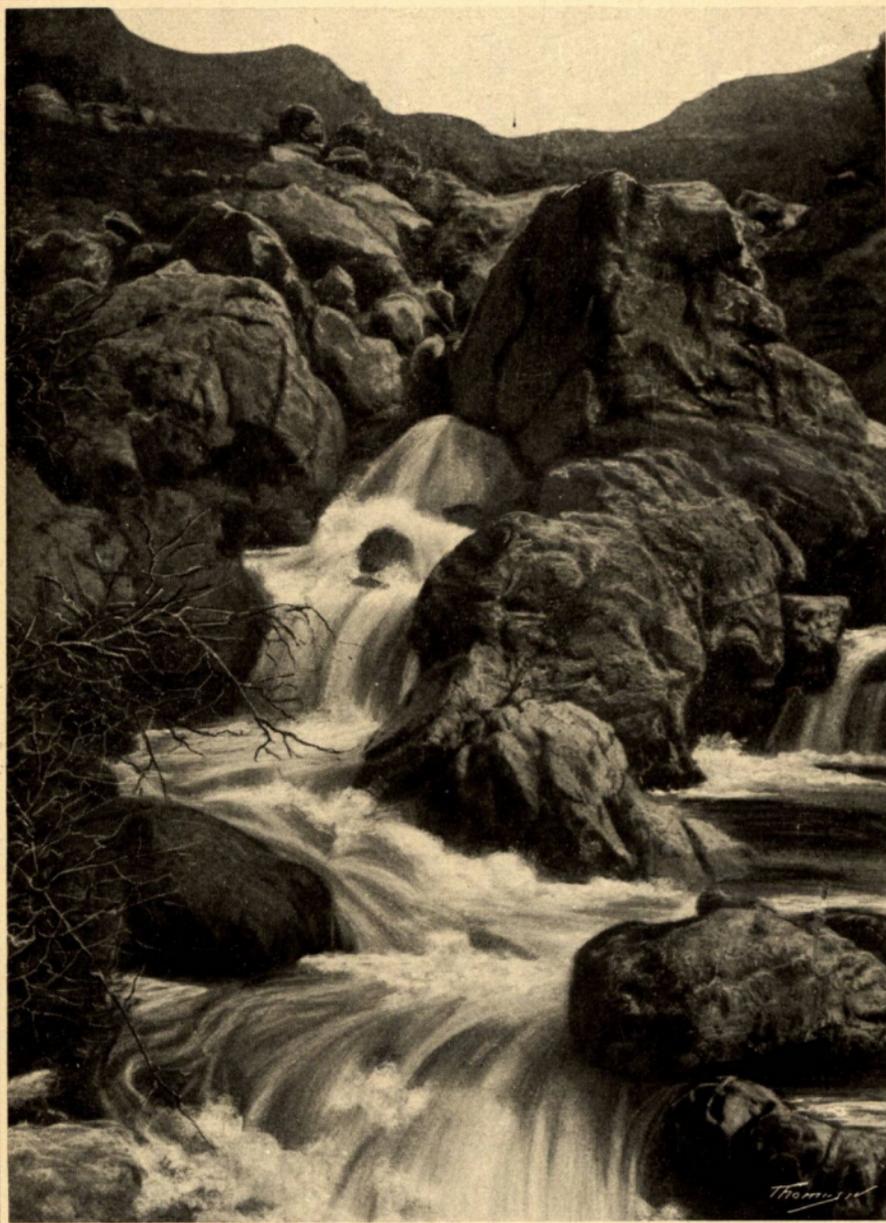
La Sierra por el Sur. Al fondo, Veleta.

Laguna de Vacares.

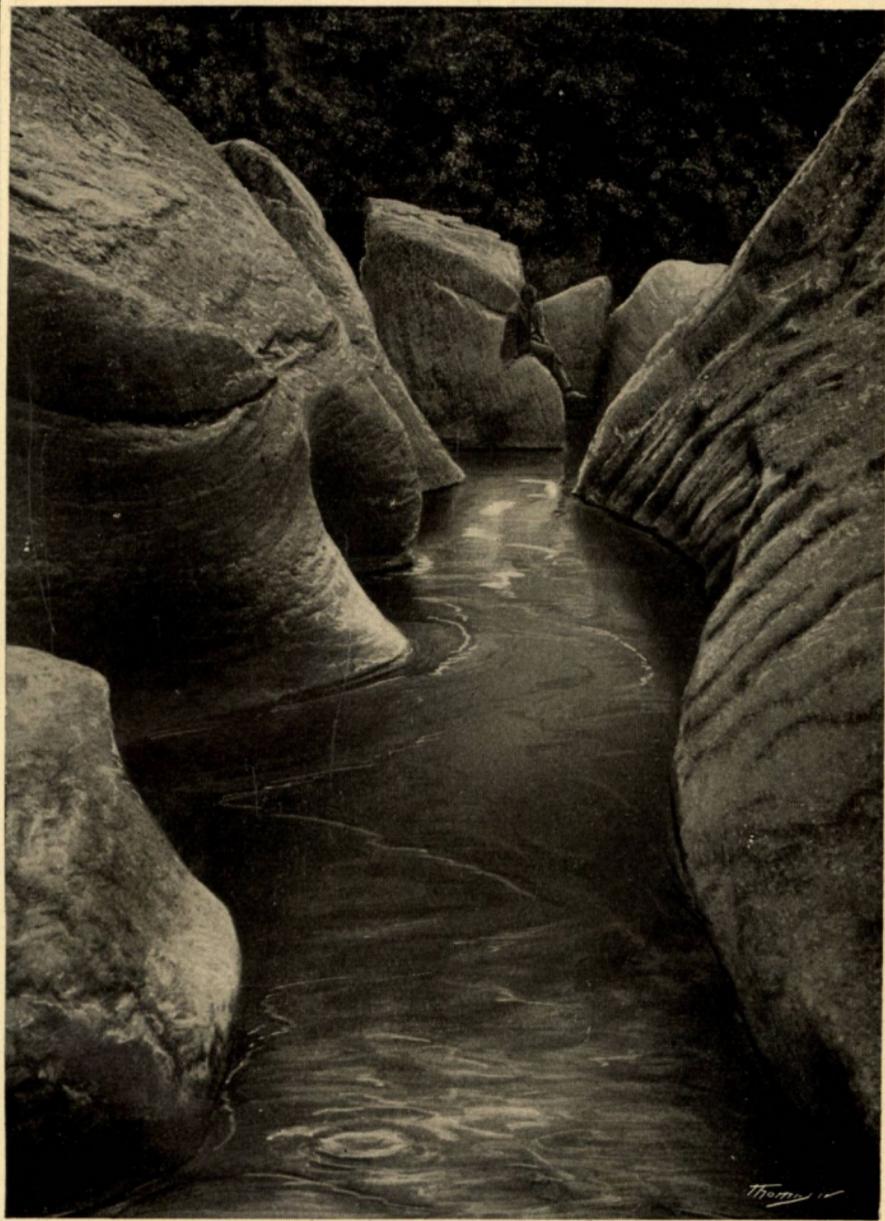




Cerro del Caballo.



Arroyo del Caballo.



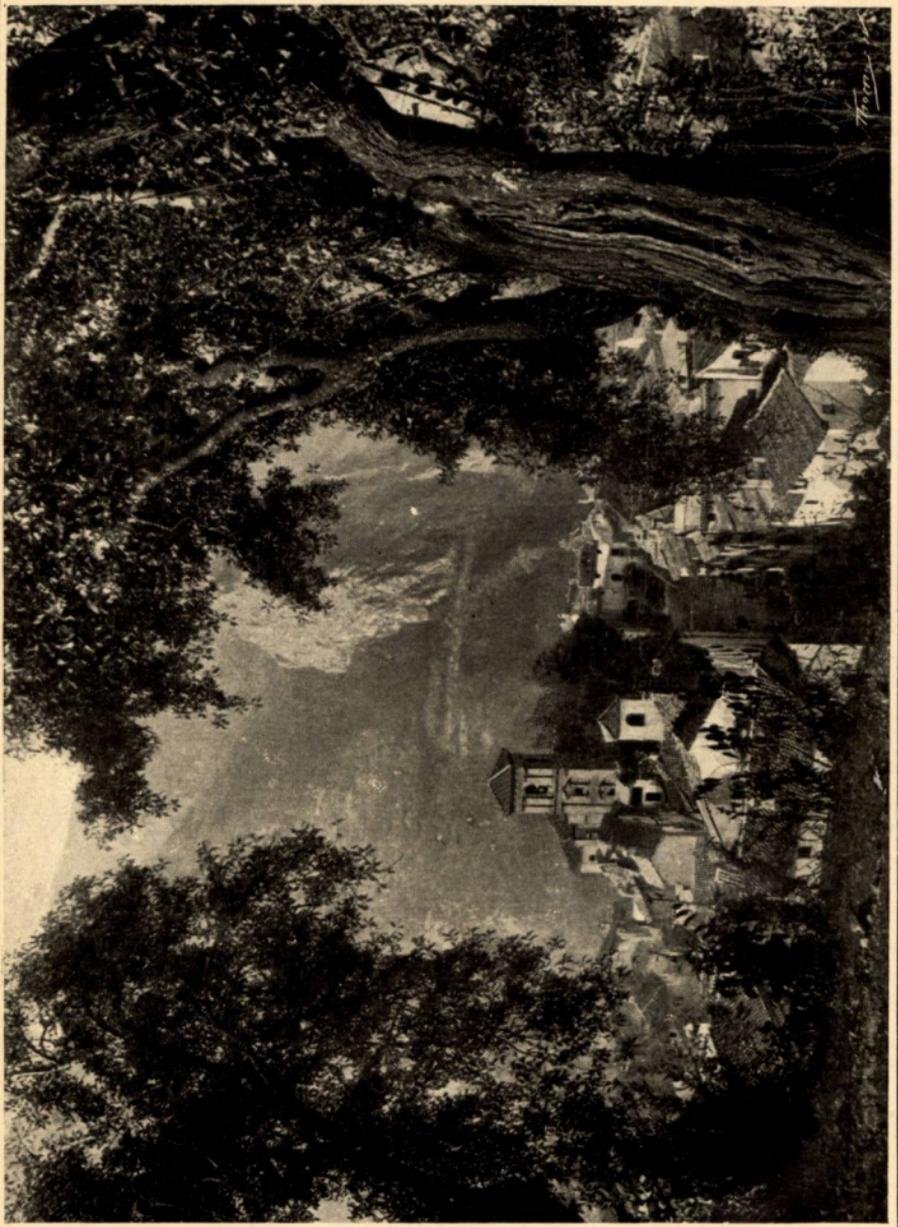
Remanso en el Genil.



Chorrera en el Genil.



Haren del Real.



Güejar. Sierra.

